

como otros escritores «serios», toman la intriga y las claves propias del género como el misterio, la intriga o la investigación para contar lo que les interesa que, en el caso de Pavón, es describir la vida pueblerina.

También en catalán se hacen intentos muy serios, siendo los más valiosos los de Jaume Fuster y Manuel de Pedrolo, en especial con novelas como *El procedimiento*, del primero, o *Juego sucio*, de Pedrolo, dos pequeñas obras maestras donde se funden magistralmente sus intenciones sociológicas con la trama detectivesca. Fuster también publicó no hace mucho otra historia situada por las comarcas valencianas, su tierra, que ha merecido igualmente una buena acogida por la crítica y el público: *La corona valenciana*.

Y en 1972 nace Pepe Carvalho.

Manuel Vázquez Montalbán es un espécimen raro en la fauna literario-intelectual española. Su fuerte personalidad y una original manera de entender la cultura han incursionado, celebradamente, en los más dispares campos.

Nacido en el 39 en el distrito V de Barcelona vive en un medio de vencidos, pasando su infancia con su abuela dentro del típico ambiente de barrio de ciudad. Tras su paso por un colegio de monjas y la academia de la zona, se hace profesor de párvulos y trabaja como cobrador del seguro de entierro hasta llegar a la Universidad, lo que al fin le permitió tanto entrar en un mundo cultural extraño como traspasar un poco las fronteras de su ghetto: las Ramblas, las Rondas, el Paralelo.

Hizo periodismo paralelamente a la carrera de Filosofía y Letras. Su primer contacto con la policía, dado su compromiso político permanente que le vinculaba entonces al F. L. P. en donde llegó a formar parte de su comité ejecutivo, lo tuvo en el 59 y puso en peligro sus estudios.

En el 61 entra al PSUC, ya casado con una amiga de la Universidad y habiendo conocido a compañeros que seguirán trayectorias semejantes a la suya, como Sartorius, César Alonso de los Ríos, Angel Abad, etc. Un año después vive su etapa carcelaria en la Modelo y en la cárcel de Lérida, por su participación en un movimiento de solidaridad con los mineros asturianos. Va a ser año y medio por el indulto que se da a la muerte de Juan XXIII. Es en ese tiempo cuando aparece su *Informe sobre la Información*, que rápidamente se convertiría en un libro de texto inexcusable en las facultades de Periodismo.

Ya en libertad aparece su primer libro de poemas, *Una educación sentimental*, y se incorpora a la vida periodística, consolidándose en ella sobre todo cuando en la revista *Triunfo* le aprueban su proyecto «Crónica Sentimental de España», reconocido como hito del nuevo periodismo español.

Desde entonces, y repartiendo su tiempo entre lo alto de Valvidriera y su masía en el Ampurdá, no ha parado de publicar artículos, libros de poemas, novelas, libros medio inclasificables con los que ha impuesto un modelo atípico de ensayo, convirtiéndose en uno de los escritores-periodistas más notables del espectro profesional y un intelectual de lúcida amargura, además de gastrónomo y escéptico activo desde su papel de espectador crítico de la realidad social. El punto más álgido de su popularidad lo alcanzó al ganar el Premio Planeta en 1979.

Y es escritor de una serie de novelas policiacas basadas en su personaje Pepe Carvalho.

Nace con *Tatuaje* la historia de Pepe Carvalho, si bien ya ha dado señales de vida anteriormente, y aunque su fichaje como guardaespaldas de John F. Kennedy en *Yo maté a Kennedy* sólo permitiese quedarnos con una sombra original que no llegaba a la categoría de personaje o, en todo caso, aparecería como un personaje intelectualizado, sin raíces. Entre otras razones porque la novela tiene más de disparate que de relato con reglas.

Curiosamente es en *Yo maté a Kennedy* donde se halla la única descripción física contradictoria, hasta el momento, de alguien que entonces aún no estaba construido, seguramente ni siquiera en la mente de su creador: «Ninguna descripción de Carvalho coincide con la anterior y ya no queda ninguna esperanza de que pueda coincidir con la ulterior. En La Paz, tras el atentado contra Paz Estensoro, Carvalho era un hombre delgado, alto, aquilino, muy moreno, de ojos magnéticos. En Siria, después de la última intentona del Baas, Carvalho es un oscuro, pequeño hombre calvo con lentes bifocales. En Kenia sería un tragasables rubio panocha. ¿Quién es Pepe Carvalho? Todos los informes sobre él son muy secretos, pero también muy inútiles.» Hay para elegir. Es el preámbulo inservible de un Carvalho que vendrá a la manera de cómo Vázquez considera que tiene que ser su héroe de aventuras sociopoliciales.

Lo que interesa es su personalidad. En *Tatuaje* destila el autor sus rasgos más característicos: gallego, ex rojo por convicciones que en ocasiones añora y de las que en ocasiones se burla, ex agente de la CIA como por casualidad, emigrado a Barcelona donde reparte su existencia entre su casa de Valvidriera y el despacho en las Ramblas. Un personaje solitario que hace de la soledad una opción de vida de la que igualmente es capaz de reírse, como lo hará en *La soledad del manager*, «... La ventaja de vivir solo es que se puede cagar con la puerta del wáter abierta», amargado pero llevando tranquilo su carga, un desclasado a imagen y semejanza de los «outsider» americanos, y sobre todo muy español, con toda su historia asumida y sabiendo bajo qué condiciones vive, siempre preocupado por la actualidad del país hasta el punto de que en *Los pájaros de Bangkok*, desde aquel país lejano sigue la marcha de las elecciones generales que se desarrollan en ese momento en España.

Comienza ya en *Tatuaje* su habitual práctica de quemar en la chimenea los libros de su biblioteca convertida, como confesará en *La Rosa de Alejandría*, «... en una galería de condenados a muerte», porque, como dice unas líneas más arriba, los libros le piden «... ser quemados desde su condición de estorbo sentimental». *El Quijote*, *España como problema*, *Anatomía del realismo* o *Así se templó el acero*; obras de Heine, Sacristán, Lorca... ante el libro, como ante la cultura, Carvalho saca su mechero, mejor incluso cuanto mayor pretensión trascendente tengan; libros a los que Vázquez, sin duda, debe gran parte de su bagaje intelectual, que aprecia y respeta pero de los que, utilizando a ese «alter ego» literario puede indicar que es necesario desprenderse para poder pensar y, por tanto, decidir por uno mismo. ¿Recurso literario o concepción cultural? Cuando una vez quema el delicioso *Maurice* de Forster, contesta a Charo:

—«¿Es malo?

—Es extraordinario.

—¿Por qué lo quemas?

—Porque es una chorrada, como todos los libros».

Es lo de pensar eso de que por muy interesante que sea una obra, deja de tener la importancia en una escala de valores donde la vida, el placer de los sentidos protagonizan los peldaños más elevados, y donde esa cultura de libros, a la que no se consigue renunciar, se convierte en un mezquino recurso contra el aburrimiento, por la inercia.

Otro rasgo del detective que se hará crónico, es el de no interesarse por el dinero de la misma forma que no le interesa ninguna otra cosa, aunque en realidad esté pendiente de todo como juez severo, cronista pulcro, y su actitud parezca pura apariencia. Es una forma de otorgarle objetividad. El se compromete con un caso y quiere solucionarlo por mucho que su cliente le dé con la puerta en las narices al ver que las complicaciones aumentan o cuando ya no le interesa ir más allá de un punto. Carvalho necesita llegar al fondo como buen radical que es. Característica que Vázquez importa de algunos de los tipos clásicos del género, sabiéndola acomodar a su criatura.

En *La soledad del manager* Carvalho, «el huelebraguetas» sigue definiéndose. No sólo por su actitud de ir al fondo de la cuestión dejando de lado amenazas, golpes o chantajes, sino por toda una serie de anécdotas y guiños que la configuran en su personalidad de «voyeur» crítico de la sociedad, de marginal despiadado ante el mundo que le rodea y, para empezar, consigo mismo: «... Yo también tuve mis ideas, pero ahora sólo me quedan unas cuantas vísceras en muy buen uso.» Lo que le importa no son ya las ideas de cuando su tiempo de compromiso, como quedará meridianamente claro en *Asesinato en el Comité Central*, sino más bien cierta filosofía mezcla de hedonismo y lucha por la supervivencia: «¡La gastronomía y las mujeres nos han salvado de la desesperación franquista!»

Para, de nuevo, que aparezca su peculiar forma de entender la cultura, elemento clave que subyace en todo momento: «La cultura es guisar con salsas o sin salsas, vivir como un mortal o como un inmortal, prestar a la mujer propia o conseguir la de los demás, es decir, cultura francesa o inglesa, española o americana, esquimal o italiana.» Como anécdota, en *Los mares del Sur* se permite un análisis cirrótico de los actos públicos que los intelectuales dedican —o han dedicado cuando era moda obligada— a la novela negra, actuando de cínico incluso para su propia personalidad. También en la misma novela se encuentra un simpático ejemplo de su continua dedicación por desmitificar o hacer cotidiana, vulgar, la cultura, es cuando dice:

«...apostillaba el canijo y comedrogas Baudelaire, hombrecillo que sólo bebía vino o fumaba drogas para recuperar a su madre y castigarla por haberse casado con otro».

Ese es el tono. Como el de la frase lapidaria incluida cerca:

«Madrid es una ciudad de un millón de chalecos».

Pero volvamos al principio.

Con *Tatuaje* Vázquez se introduce con pleno derecho en el género policiaco aún cuando reconoce que cuando la escribió no había leído prácticamente nada de novela